

**LA MONTAÑA
DE LAS TRES CUEVAS**

Dedicado a Cecilia Enquist, Marcus Enquist, Mina Gilbertsson y Moa Gilbertsson, que estuvieron allí y resistieron, y al Hospital General de Karlstad, el servicio de rescate y la policía de Arvika, agradeciéndoles una espléndida intervención en condiciones difíciles.

P. O. E.

UNA NOCHE HORRIBLE

Así fue como sucedió.

Aunque más tarde, Mina apenas conseguía recordar cómo había empezado. Decía que entonces era pequeña y que se había asustado. A partir de entonces casi nunca se volvió a asustar de aquella manera. No estaba muy segura de cómo había sucedido todo. A veces se lo recordaba el abuelo. Entonces ella se limitaba a decir:

—Bueno, pero eso era antes. Cuando era muy pequeña.

Pero sólo habían pasado tres semanas desde «antes». Era extraño que uno pudiese hacerse mayor en tres semanas. De hecho, no se puede.

Pero así fue como empezó todo.

Mina tenía seis años, era rubia, tenía los ojos verdes, y varios chicos del parvulario opinaban que era muy mona, pero a ella le daba igual. Había que soportarlo todo, incluso el amor, había dicho su mamá, que se llamaba Jenny. Pero una noche, cuando Mina se acababa de quedar dormida, un cocodrilo le mordió el culo.

Era la primera vez que a Mina la mordía un cocodrilo,



porque sólo tenía seis años. Se despertó y notó que le dolía. Al principio permaneció tumbada intentado sentir cuánto dolía, si dolía muchísimo o sólo un poco, o si era necesario gritar como una loca para que viniese papá o mamá. Le costaba decidirse, pero entonces recordó lo horrible que había sido cuando el cocodrilo verde la atacó y le mordisqueó el culo: decidió que había sido horrible y se echó a llorar.

Entonces papá, que se llamaba Anders, entró en la habitación con aspecto como si le hubiesen echado un plato de espaguetis por encima, y dijo enfadado:

—¿Y ahora qué pasa? Quiero dormir.

Entonces Mina sollozó un poco más, como si se estuviese muriendo, o como si tuviese una enfermedad horrible

que papá tenía que curar de inmediato, por ejemplo dándole un helado o un perrito caliente con ketchup. Pero cuando llevaba un rato sollozando se cansó y casi dejó de hacerlo, se limitó a gemir desconsolada. Más o menos como si se hubiese quedado sola y abandonada en el bosque. Y luego soltó profundo suspiro. Porque papá sólo se sentó con ella en la cama y la miró, en absoluto horrorizado.

Lo que más le gustaba a Mina era cuando papá y mamá se horrorizaban tanto que casi se desmayaban, y luego bajaban hasta donde estaba el congelador a buscar un helado. Una vez, cuando tenía cuatro años, había llorado porque se cayó y se rompió la pierna; seguro que era eso lo que le había pasado. Y al final, mamá había ido hasta el teléfono diciendo que iba a llamar a la ambulancia. Entonces Mina se puso tan contenta que dejó de gritar de golpe y dijo que quería ir delante, al lado del conductor. Pero entonces mamá regresó del teléfono con los ojos completamente negros, y dijo: «Maldita sea, sabía que no era nada». Qué suerte que no había llamado. Pero entonces Mina se había enfadado y dijo que si mamá decía esas palabrotas tendría que lavarle la lengua con un estropajo, por encima y por debajo, es decir, la parte inferior de la lengua también, y a lo mejor también la garganta.

Pero entonces mamá le preguntó sobre cómo tenía la pierna rota.

Y Mina se olvidó de qué pierna era y señaló la equivocada. Entonces su mamá, que se llamaba Jenny, se echó a reír y fue a buscar un helado.

Si se quería un helado, más valía tener ingenio.

La cuestión era que por la noche Mina había sido atacada por un cocodrilo. Recordaba muy bien cómo estaba



abajo en la playa del horrible río Congo, donde los caníbales se bañaban y tomaban el sol, y dormían bajo el sol y luego se comían unos a otros hasta hartarse. Se comían las piernas los unos a los otros, y allí nadie se quejaba ni le parecía raro comerse los unos a los otros. Aunque sólo se comían las piernas. Todos eran buenos. Nadie gritaba ni decía palabrotas ni les lavaban la lengua con estropajo. Y al que más comían era a un hombre gordo. Era bueno, se untaba ketchup en las piernas cuando venían los niños pequeños caníbales y les apetecían sus piernas.

Mordisqueaban sus piernas con ketchup, pero sin mos-

taza ni pan. Fue cuando, recordaba ella, había bajado hasta el agua del río Congo para bañarse, porque a ella no le apetecía comer piernas con ketchup, y entonces apareció el cocodrilo.

Era pequeño y verde, y ella lo reconocía porque papá tenía un dibujo en su jersey que representaba precisamente ese cocodrilo. Mina reconocía el cocodrilo del jersey de papá, aunque ahora era más grande, es decir, no era un dibujo sino uno de verdad, y se movía. Y Mina le dijo, con una voz bastante severa:

—¡Te has escapado del jersey de papá! ¿Qué modales son esos? ¡Vuelve nadando o papá se enfadará muchísimo!

Pero el cocodrilo siguió nadando como enloquecido, mirando enfadado a Mina, diciendo que no sabía de qué estaba hablando.

Él era, dijo, un cocodrilo peligroso que nadaba en el río Congo, y se acabó la historia, y más valía que se andara con cuidado.

—¡Vete con cuidado tú! —dijo Mina—. ¡Y regresa ahora mismo al jersey de papá!

—¡Vete a paseo! —dijo entonces el cocodrilo, bastante enfadado. Y entonces salió de un salto y le mordió el trasero, es decir, el culo.

Así fue como sucedió. Después Mina se despertó y le dolía el sitio en el que el cocodrilo la había mordido. Y tras pensar un rato había decidido gritar como una desconsida. «Debo lanzar un grito de socorro», pensó. «No creo que valga la pena estar aquí tumbada sufriendo en silencio.»

Y se puso a gritar. Y vino papá con la cara completamente arrugada como si no hubiese descansado.

-Me ha mordido tu cocodrilo -dijo Mina.

-¿Dónde? -preguntó papá.

-¡En el culo! -dijo Mina entre sollozos, señalando el lugar.

Era verdad. Tenía una marca enorme. Tan grande como una moneda de cincuenta céntimos.

-Eso es una picadura de mosquito -dijo papá intentando alisarse las arrugas de la cara-. No hay nada que temer. Ahora duerme cariño mío, mi pequeñita Mina.

-Era un cocodrilo -gritaba Mina con más fuerza que nunca-. ¡¡¡Lo he visto, era verde, y un mosquito no es verde ni grande como un cocodrilo!!!

-Duerme, por favor, intenta comprender, necesito dormir, es domingo, por favor -dijo papá y se levantó queriendo cerrar la puerta.

-¡Me han mordido!

-Lo has soñado -dijo papá-. Ahora duerme, no es nada.

-¡Yo sé cuando estoy soñando! -gritó Mina-. ¡Y esto no lo he soñado!



—Te lo estás inventando —dijo papá—. Deja de hacer eso, si no acabarás como tu abuelo.

—Yo quiero ser como el abuelo —dijo Mina enfadada—. Él me habría defendido del cocodrilo.

—Sin lugar a dudas —dijo Papá, que se llamaba Anders y era de Dinamarca, y allí decían «sin lugar a dudas»—. ¡Pero estás despertando a Moa!

Entonces se fue a su dormitorio, se tumbó en la cama y seguramente se durmió al instante.

Moa se sentó en la cama y la miró fijamente.

—¡COCODRILO! —dijo Moa, con aspecto de estar completamente despierta—. ¡Moa también quiere cocodrilo que muerde!

Realmente era pesada.

—¡Vete a paseo! —dijo Mina—. Tú siempre quieres algo.

Mina sabía que no había sido un sueño. Papá siempre estaba durmiendo. Mamá dormía. Moa, seguro que ahora quería jugar, pero Mina no tenía ganas de jugar a nada.

Era una crisis. Nadie la tomaba en serio. Y pensó que sería bonito tener un Protector que la salvase cuando estaba en Apuros. Era necesario disponer de un Benefactor, acostumbraba a decir el abuelo. Ése era de los que siempre estaban dispuestos, por ejemplo cuando los adultos decían «intenta entenderlo» y querían dormir. O ver cómo jugaban al golf por la tele.



Y pensó que los buenos consejos eran caros, como acostumbraba a decir la bisabuela Vega. Y Mina no tenía dinero.

Tendría que pedir consejo a su abuelo. Sería lo mejor. Él era el único que comprendería lo extremadamente grave de la situación.

En realidad, fue así como empezó todo.

Primero fue la horrible noche con el cocodrilo. Después pasó lo que pasó, y al final, la peligrosísima expedición hasta la Montaña de las Tres Cuevas y lo que sucedió con el cachorro de lobo.